AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 14.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.
Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Grabado de modas.—Dibujo de tapicería.—Corbata de felpa.—Capucha al crochet.—Camiseta con cuello recto.—Chaleco para señora.—Botin para niño.—Chaqueta de muselina.—Manga que hace juego con el cuello recto.—Manga interior.—Camiseta-chaleco de muselina.—Manga con manguito.—Manguito de tul.—Camisola para caballero.—La cruz del valle.—Amor á la patria.—Carolina la bella.—Las dos perlas.—Revista de Cádiz.—Problemas de ajedrez.

TRAGE DE ALPACA COLOR LEONADO OSCURO. TRAGE DE TAFETAN VIOLETA.

Explicacion del grabado de modas.

TRAGE DE ALPACA COLOR LEONADO OSCURO.—Lo bajo de la enagua está guarnecido con un volante estrecho de tafetan negro, sobre el cual van unos arabescos ejecutados con cinta estrecha de terciopelo negro. Estos arabescos se repiten en el corpiño, en el borde de las mangas, y figuran además en las faltriqueras y en las hombreras, las cuales llevan tambien un rizado estrecho de tafetan negro.

TRAGE DE TAFETAN VIOLETA.—La enagua se guarnece con un volante encaño-

© Biblioteca Nacional de España

nado (10 centímetros de alto) sobre el cual corre una tira de la misma tela que el trage, y que lleva por cada lado un rizado estrecho. El medio de esta tira está atravesado de trecho en trecho por una cinta de terciopelo negro. Las aberturas por las cuales pasa la tira dicha se festonean con seda negra. Corpiño cuadrado, con solapas, que reproducen, asi como las mangas, la guarnicion de la enagua.

Corbata de felpa.

Esta corbata se hace de felpa azul turquí, y se forra de tafetan del mismo color. Los cabos, redondeados, se guarnecen con un guipur negro de 2 centímetros y medio de ancho. Un gran boton ovalado sujeta, por medio de una presilla, los dos cabos cruzados.

Capucha al crochet.

MATERIALES.—48 gramos de lana céfiro blanca; 8 de la misma lana negra; otros 8 de la misma lana punzó; botoncitos blancos de pasamanería; crochet de madera del n. 5.

No obstante lo avanzado del tiempo esta capucha podrá prestar servicios en todas estaciones, especialmente en el campo y en la primavera, donde las noches suelen ser demasiado frescas.

Se hace al crochet tunecino comun, y por trozos separados, que se reunen despues. El fondo de nuestro modelo es de lana blanca; el ala y el bavolet, cada uno en dos partes, son de lana punzó, y se adornan con dos cuadros de lana negra. Al rededor del ala y del bavolet se halla una guarnicion encarnada y negra ejecutada con bridas.

FONDO.—Lana blanca; se hace una cadeneta de 6 puntos, sobre los cuales se vuelve haciendo una vuelta de crochet tunecino (compuesta, como se sabe, de dos filas, una que va de derecha á izquierda y otra de izquierda á derecha). En cada una las vueltas siguientes se crece con regularidad un punto de cada lado de la labor, hasta que se tenga 70 en el crochet. En las 6 vueltas que siguen se crece solo un punto en uno de los lados; el opuesto permanece en línea recta. Vienen luego 6 vueltas sin crecido hechas sobre los 76 puntos; en seguida se mengua en la misma proporcion observada para crecer, hasta que solo se tengan 6 puntos. El fondo está terminado.

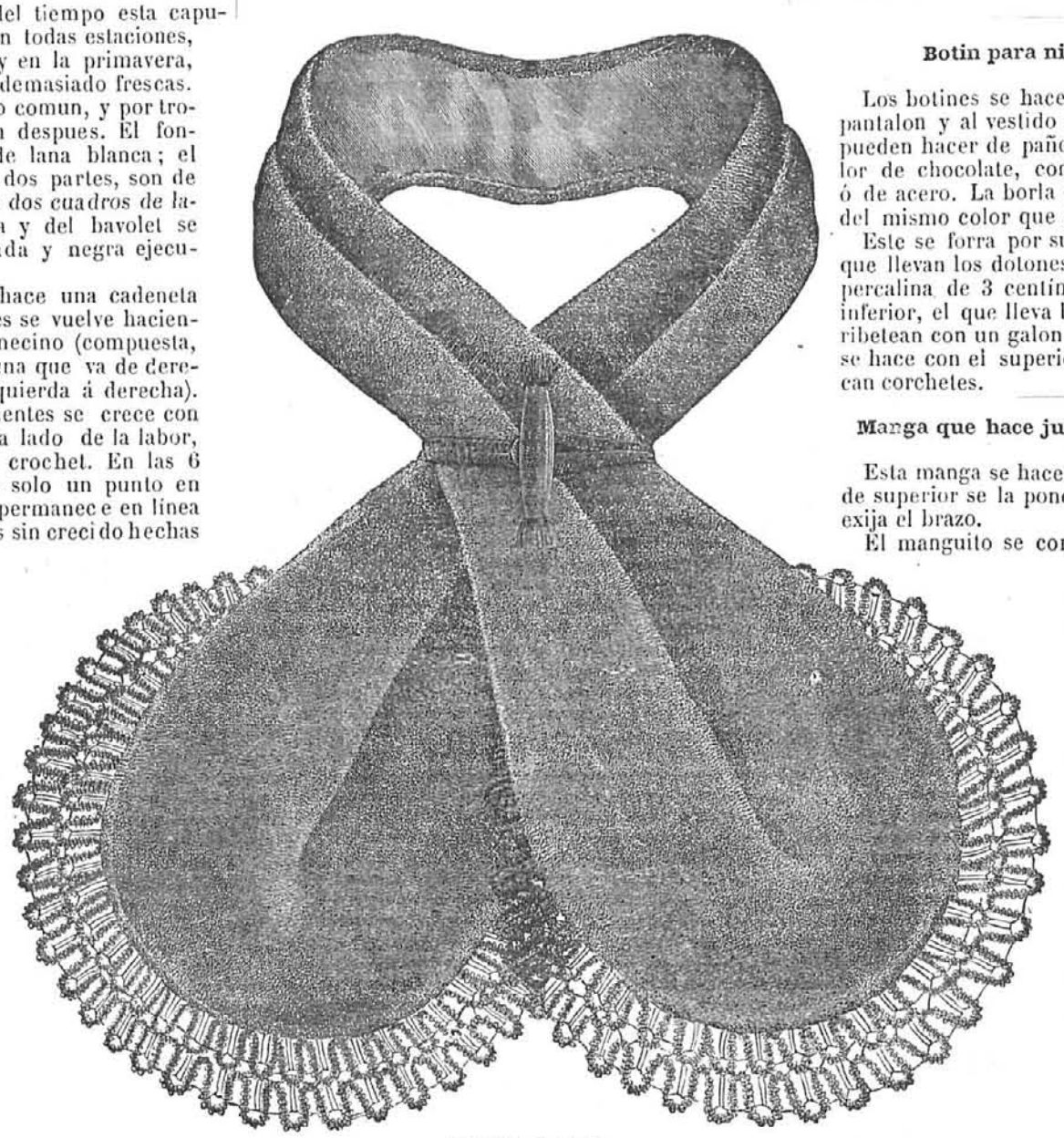
Para facilitar la ejecucion del ala y abreviar la explicacion, publicamos un dibujo que representa la tabla de los puntos; cada cuadro se cuenta por un punto del crochet tunecino. Se principia por el lado designado con estrellas, por consiguiente se hace una cadeneta de 25 puntos, y se crece ó se mengua segun lo indica la misma tabla.

La segunda parte del ala se hace como esta, pero en sentido contrario. Cuando el ala está completa se ejecutan los cuadros al sesgo, con la lana negra. En nuestro modelo las listas que forman cuadros están separadas por un espacio de 5 puntos. En los puntos de orilla de los lados largos y en los de los lados transversales, se ejecuta con lana negra puesta doble la misma cadeneta con la cual se forman los cuadros. Debajo de esta cadeneta se hace la guarnicion de puntas redondas, la cual, como el dibujo lo indica, descansa sobre el ala por delante, pero cae por detrás y en los lados.—Esta guarnicion se compone de 2 vueltas: la 1.ª encarnada y la 2.ª negra. En el delantero del ala se ejecuta la 1.ª vuelta de la guarnicion sobre el crochet tunecino, picando siempre detrás de los puntos negros á través de los puntos encarnados. Detrás y en los lados se pica siempre á través de la labor, de modo que la guarnicion esté colocada debajo de los puntos negros, y caiga segun indica el dibujo. La primera vuelta de la guarnicion se hace del modo siguiente—* 5 bridas dobles en un punto del crochet tunecino,—1 punto en el aire por bajo del cual se pasan 2 puntos,—1 punto sencillo en el siguiente,— otro punto en el aire por bajo del cual se pasan 2 puntos. Vuélvase á empezar siempre desde *. La segunda vuelta se hace con lana negra; se ejecutan alternativamente 1 punto en el aire y uno sencillo; entre dos bridas de la vuelta anterior hay siempre un punto sencillo, mientras que se pasa siempre por bajo del punto en el aire otro en el aire de la vuelta anterior,—y se hace siempre un punto sencillo en el sencillo de la vuelta anterior. En la guarnicion del delantero del ala se pica siempre el crochet á través del ala en cada punto sencillo, á fin de sujetar las puntas redondas.

Para el bavolet se hacen tambien dos trozos, aunque en sentido contrario. El de la derecha se comienza con una cadeneta de 3 puntos; antes de empezar cada vuelta, se crecen 2 puntos, haciendo 2 en el aire; se pasa la hebra en el 2.º de estos puntos, de modo que se tienen 2 en el crochet, y que se toma un 3.º en el primer punto de la vuelta anterior. En el lado opuesto y durante 23 vueltas, se conserva la labor en línea recta; si se han seguido nuestras indicaciones, la vuelta 29 se compone de 59 puntos. Se conserva este número, porque, continuando el crecido que se ha explicado en el mismo lado, se menguan 2 puntos en el opuesto. Cuando se han hecho 61 vueltas en todo, ha terminado una de las dos partes del bavolet. Para la otra se hace una cadeneta de 123 puntos; se ejecuta la primera vuelta sobre solos 3 puntos, dejando quietos á los demás. Al fin de la primera fila de cada vuelta se toman 2 puntos mas, sacando la hebra á través de los dos mas próximos de la cadeneta; desde la vuelta 30 se menguan 2 puntos al principio de cada 1.ª fila de cada vuelta. Para esto se hace un punto-cadeneta en cada uno de los dos primeros puntos de la vuelta anterior; en el lado opuesto se continúa el crecido de 2 puntos.

Sobre el bavolet concluido se ejecutan los cuadros negros; como los dos trozos que lo componen están al sesgo, las listas que forman los cuadros se ejecutan sobre la misma línea que las vueltas del crochet tunecino; el lado de la derecha del bavolet se orla todo al rededor, como el ala, con lana negra puesta doble; el de la izquierda se orla lo mismo, á excepcion del lado transversal, corto, colocado detrás; al rededor se hace la guarnicion que se indicó para el ala.

En el sitio en que el ala y el bavolet se unen, se ponen 2 cordones, cada uno de 55 centímetros de largo, que sirven de bridas.



CORBATA DE FELPA.

Camiseta con cuello recto.

La moda de los corpiños entreabiertos y de las chaquetas abiertas ha introducido muchas modificaciones en la ropa blanca. Por ejemplo, camisetas adornadas por delante, semejantes á las que publicamos. Está demás añadir que para los corpiños montantes se suprimen aquellos adornos, y solo se ejecuta el cuello recto.

Chaleco para señora.

Nuestro modelo se hace con una espalda ancha de percalina, fijada sobre el talle por una pretina preparada con ojetes para pasar un cordon. Puede esto sustituirse con dos cintas elásticas que atraviesen la espalda, una en la parte inferior del talle y la otra mas arriba, á 6 ó 7 centímetros de distancia. Debajo de las nesgas del pecho, y junto á los botones del delantero izquierdo, se ponen ballenas flexibles. El borde inferior de la espalda lleva un dobladillo; el de los delanteros se orla con un vivo, ó bien con una tira al sesgo vuelta hácia adentro.

Botin para niño de 3 á 4 años.

Los botines se hacen generalmente iguales al pantalon y al vestido de los niños; tambien se pueden hacer de paño ligero gris castaño, ó color de chocolate, con botones del mismo color ó de acero. La borla (que puede suprimirse) es del mismo color que el botin.

Este se forra por su borde inferior y por los que llevan los botones y ojales, con una tira de percalina de 3 centímetros de ancho. El borde inferior, el que lleva los ojales y el superior, se ribetean con un galon de seda negra; lo mismo se hace con el superior, en cuyo sitio se colocan corchetes.

Manga que hace juego con el cuello recto.

Esta manga se hace de muselina, y en su borde superior se la pone una tira del ancho que exija el brazo.

El manguito se compone de dos partes; la de debajo es de muselina lisa, y lleva un dobladillo en su borde; la de encima se forma de una reunion de entredoses y de bullones; cada bullon debe tener 10 centímetros de ancho despues de fruncido por cada lado por medio de un repulgo enrollado bajo el dedo.

Manga interior con manguito de lienzo y vueltas bordadas.

El manguito y las vueltas son de lienzo fino forrado de percal fino; la manga interior es de nansouk y casi ajustada; en el borde superior lleva un dobladillo de 1 centímetro de ancho. El manguito se pespuntea, y en cada extremo se le hace un ojal, á fin de cerrarlo con un boton grueso de metal. En uno de los lados de la vuelta se ponen dos botones forrados de lienzo, y en el otro se hacen los correspondientes ojales.

Manga interior con manguito de lienzo.

Si hay poca variedad en las mangas, en cambio hay mucha en los manguitos. El presente modelo se hace de lienzo, y conviene especialmente para las mangas abiertas por el codo.

El bordado puede ejecutarse ya á punto ruso, con algodon blanco ó seda negra, ya á pespunte.

Manga interior de tul.

Este modelo es abierto por el codo, y la abertura se rellena con un ancho bullon que rodea toda la manga. Un encage ancho guarnece el borde inferior y el bullon; las dos caras de la manga se unen por un lazo de cinta de terciopelo punzó; un bullon estrecho de tul cubre la costura del encage.

© Biblioteca Nacional de España

Chaqueta de muselina.

La camiseta de debajo se hace de muselina como la chaqueta; sus puños, su pretina y su escote se adornan con bordados de lana fina negra. La chaqueta va guarnecida con una cinta de algodon blanco, puesta debajo de la muselina, y sujeta por medio de cruces hechas con lana fina negra ó torzal de seda. *Recientemente* hemos publicado el dibujo de este adorno; la chaqueta se guarnece además con un rizado de muselina realzado de encage.

Camiseta-chaleco de muselina blanca.

Esta camiseta-chaleco, con faldetas, está destinada á acompañar las chaquetas cortas, abiertas y flotantes. La espalda, que no es ajustada, se guarnece con una jareta, por debajo de la cual forma una faldeta pequeña, separada por una abertura de las faldetas de delante. Para ejecutar este modelo se emplea un metro y 77 centímetros de muselina que tenga de ancho un metro y 4 centímetros.

El delantero de la derecha tiene desde el escote un entredos bordado, el cual se continúa sobre el borde inferior; debajo del entredos del borde de delante se halla un dobladillo liso, guarnecido con ojales. El delantero de la izquierda, que se cruza por abajo del anterior, se guarnece con un dobladillo donde van los botones; en todo lo demás, la posicion de ámbos delanteros es idéntica. La parte lisa va hasta el entredos que toca á la nesga del pecho; este entredos se estrecha en aquel sitio. Cada una de las dos nesgas se cose con una costura doble; esta doble costura forma así por dentro una especie de dobladillo.

El bullon que ocupa el espacio comprendido entre el dobladillo y el entredos, se hace con una tira de muselina, que tenga de largo un doble del espacio que debe cubrir. Por la jareta de la espalda se pasan dos cordones finos, puestos en sentido contrario, y en cada lado de la jareta se hace un ojete para pasar el cordon. La abertura del cuello se guarnece con una tira bordada, puesta recta, cortada redonda por delante. El borde superior de la manga se frunce, y los fruncidos se distribuyen de modo que estén mas apretados por encima que por los lados de la costura. Para colocar la manga en la sisa se emplea un vivo.

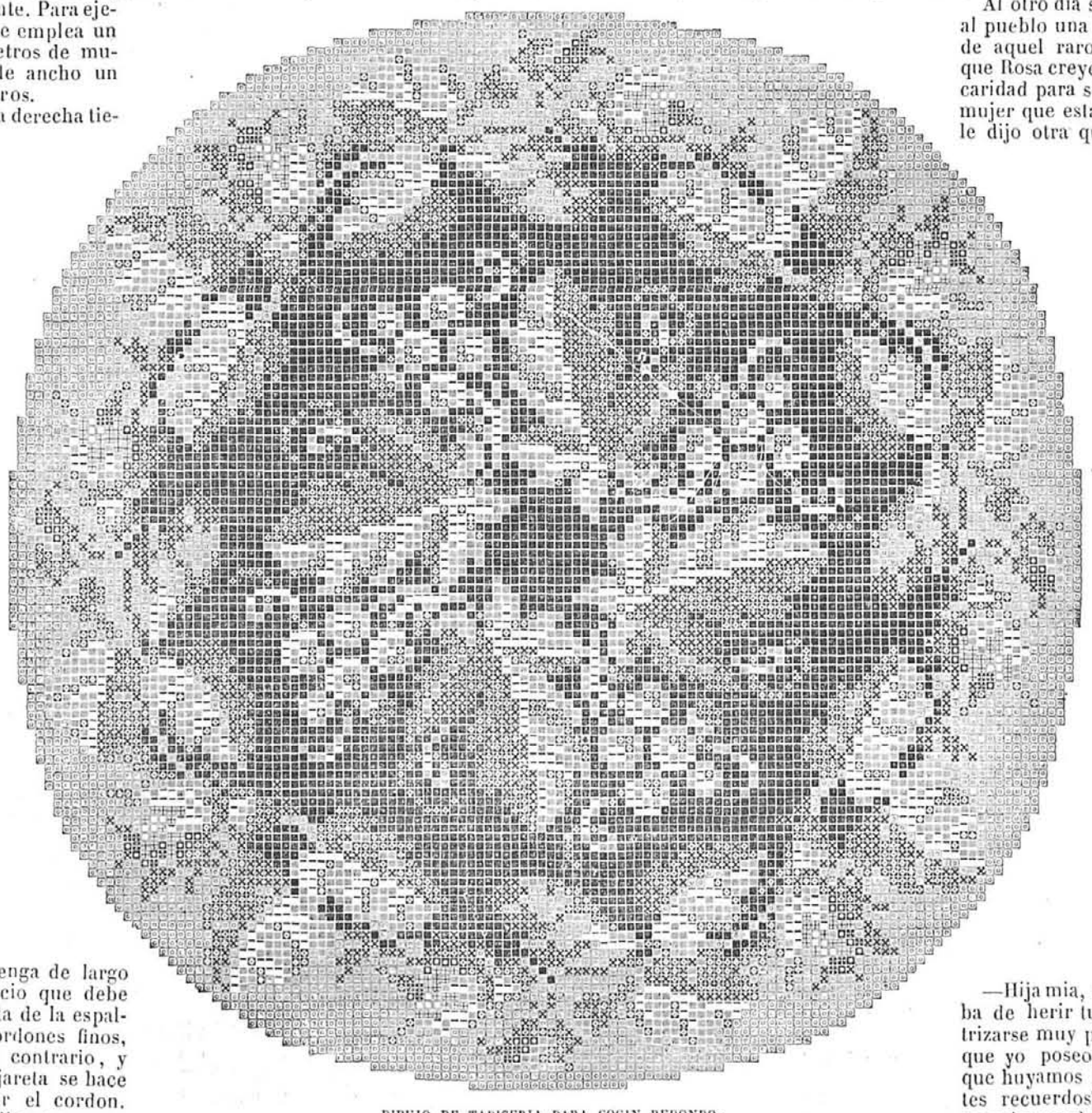
Dibujo de tapicería para cogin redondo.

MATERIALES.—Canevas *del n. 16; lanas y seda.*

Este dibujo se hace en estilo camafeo; la guirnalda de uvas se ejecuta con muchos puntos del color sépia, y resalta sobre un fondo azul vivo, sin ser claro. La orla ó cenefa se hace igualmente con aquellos colores, realzados por capullos de rosa de color cereza. La mitad exterior de esta cenefa descansa sobre un fondo negro. Ejecutado sobre canevas del n.° 16, este dibujo tendrá 43 centímetros de diámetro.

Camisola de franela para caballero.

Para ella se emplea un metro y 92 centímetros de franela inglesa blanca, que tenga 1 metro de ancho. La espalda no lleva costura. La abertura del cuello se ribetea con una tira de franela pespunteada y adornada con una costura en cruz; todas las costuras pespunteadas, como todas las costuras en cruz (véase el dibujo) se ejecutan con algodon encarnado.



DIBUJO DE TAPICERIA PARA COGIN REDONDO.

Explicacion de los signos: ' Color sépia claro, ⊟ menos claro, ⊡ mediano, ⊠ oscuro. ■ Azul aciano. ⊟ Cereza claro. ⊞ menos claro, ⊡ mediano, ⊠ oscuro.

LA CRUZ DEL VALLE.

NOVELA

POR DON EDUARDO SERRANO FATIGATI.

(CONTINUACION.)

Entonces fué cuando mirando al rededor, como quien despierta de un profundo sueño: entonces fué cuando advirtió que se encontraba sola, á una gran distancia de su pueblo, que apenas se distinguia á la confusa claridad del crepúsculo que terminaba, y faltándole de una vez el vigor, las fuerzas físicas y el aliento, cayó de rodillas en el suelo para venir á quedar sin conocimiento junto á uno de los rails.

. . . . . .

Hé aquí una de las situaciones mas apetecibles para un novelista de historia, ó mas bien, hé aquí una de las situaciones que mas grandes efectos podrian producir en favor ó en contra de Rosa, en la bienaventurada edad media.

¿Qué mas natural que haber topado con la desmayada niña, un formidable señor de los de pendon y caldera, que poniéndola á la grupa de su caballo la hubiese transformado en castellana de un inmenso señorío?

¿Qué mas poético que haber venido á parar en una caverna de bandidos, para ser jugada á los dados como un objeto cualquiera y adjudicada al capitan, borracho como una cuba?

Pero la pobre niña, que tan á su pesar se veia colocada en una situacion romántica, terminó su aventura de la manera única que podia acabar en el siglo XIX, y donde hay almas caritativas.

El guarda de aquel kilómetro, al encontrarla al poco rato en completo estado de insensibilidad, y despues de haber pedido ayuda, la llevó á la estacion inmediata, que era la de su mismo pueblo; dió parte á su gefe de que habia salvado á una mujer que al parecer queria suicidarse, y dió ocasion á que su nombre corriese de boca en boca, como el de un hombre eminentemente humanitario.

El padre á quien se llamó despues de reconocida la niña, vino desalado en su busca, y aquellas dos almas, complemento la una de la otra, solo pudieron darse cuenta de lo que á cada una pasaba, confundiéndose en un abrazo de inmensa tortura, que quizá no hubiera tenido fin si no se les hubiera obligado á separarse.

Al otro dia se halló medio de dar al pueblo una explicacion plausible de aquel raro suceso, suponiendo que Rosa creyendo ir á una obra de caridad para socorrer á una pobre mujer que estaba espirando, segun le dijo otra que se apareció cerca de la fuente, habia sido llevada hasta allí para robarla, lo cual no pudieron conseguir, por la llegada del tren especial.

Con esta verídica novela, exteriormente el asunto habia concluido.

Pero ¡cuál era su verdadero término!

XII.

Al dia siguiente Rosa no pudo evitar á su padre el dolor de una explicacion.

Pero al describirle minuciosamente todos sus dolores, todas sus esperanzas y cuanto habia acontecido, en fin, desde el dia en que Alfredo dejó de verla; ¡cosa rara! no derramó ni una sola lágrima.

Se enrojecieron sus ojos únicamente, porque no podian derramar mas llanto.

El buen anciano la estrechó por largo tiempo contra su seno y ámbos se comprendieron.

—Hija mia, el gran dolor que acaba de herir tu alma, necesita cicatrizarse muy poco á poco: todo lo que yo poseo es para tí, ¿quieres que huyamos de este lugar de tristes recuerdos? ¿quieres que vayamos á recordar á tu infame amante sus juramentos? esta seria la muerte de mi dignidad; ¿pero qué sacrificio ha de ser excesivo, por el único consuelo que me resta en el mundo?

—Padre mio: debo toda mi felicidad al amor que V. me tiene; y yo la he correspondido amargando las horas de su ancianidad. Si la vida no me falta; si puedo resistir este terrible martirio, verá V. á su hija sonreir para desarrugar el entrecejo de esa frente; yo seré lo que V. quiera que sea, siempre que me perdone.

—Perdonarte yo, Rosa? perdonarte ¿y porqué? ¿qué delito has cometido por tener un corazon puro, una imaginacion privilegiada y un entendimiento no acostumbrado á la mentira.

Rosa calló durante algunos segundos, pero al cabo de ellos tendió de nuevo los brazos al cuello de su padre y exclamó.

—Vuelvo á pedir perdon á mi buen padre, porque le estoy engañando; porque me dice el corazon que sin él no puedo vivir.

—Rosa, Rosa querida! y el anciano mirando fijamente á su hija, dejó desprender de sus ojos dos gruesas lágrimas.

© Biblioteca Nacional de España

Habia comprendido que la jóven estaba herida de muerte.

Cien ideas asaltaron su imaginacion calenturienta.

Maldijo al seductor y se propuso ir á la corte para buscarle y contarle cuanto pasaba.

Poco tiempo despues rechazó este proyecto como irrealizable.

Entró en su cuarto repetidas veces, se puso el sombrero, se sentó, cogió la pluma para escribir, se paseó de nuevo, tomó y examinó cuidadosamente su escopeta antigua, abandonada en un rincon, y despues de una hora de silenciosas meditaciones, en que su distraida mirada vagaba desde un objeto á otro, y en que tan pronto se le veia el rostro lleno de palidez como encendido, pareció tomar una definitiva resolucion, y se puso á escribir.

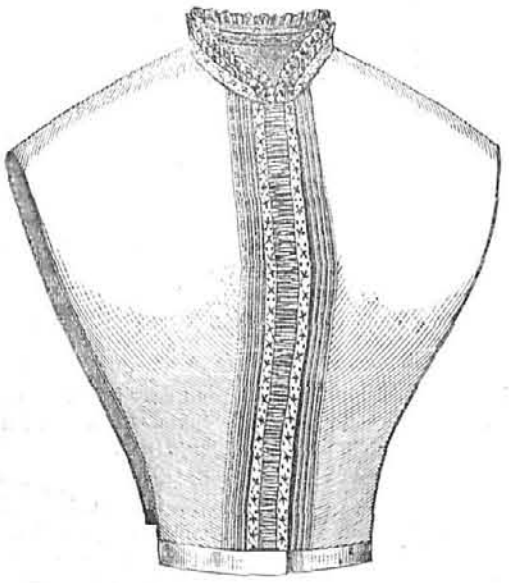
Quizá su conducta encontrará severa crítica en algunos; porque ¿qué mas sencillo, en efecto, que ir en busca del seductor y desafiarle á muerte?

Pero debemos decir en su defensa, que en su pueblo no habia penetrado todavía lo suficiente nuestra grandiosa civilizacion para que el anciano encontrase esa manera salvadora de arreglar las cuestiones de honra, y poder en todo caso dejar huérfana á su hija, *para que se consolase del amor perdido.*

Por otra parte, hay quien me dice en este momento en que escribo, que cuestiones tan graves jamás se han arreglado á tiros, quedándose estos para hechos tan punibles como un pisoton en el café, un empujon en la calle ú otra cualquiera cosa semejante, y que los padres que estiman la honra de sus hijas, procuran salvar antes la de ellas que la suya propia.

XIII.

Alfredo, con vergüenza lo decimos! habia llegado á enamorarse perdidamente de su prima Adela.



CAMISETA CON CUELLO RECTO.

No pretendemos justificar este capricho de su corazon ó de sus sentidos, porque si otra cosa fuese y atendiésemos únicamente al gran cúmulo de razones que se daba á sí mismo para preferir este amor al de Rosa, tendríamos necesariamente que disculparle.

Tenia Adela tanto talento! Yo creyendo que puede calificarse de criminal la conducta de nuestro héroe, estoy tentado de sostener, en vista de esta razon, que las mujeres no deben tener talento.

Pero cuando pienso que el talento de amor, que es el que aquí se trata, es el talento que sirve para hacer feliz al hombre en ciertas ocasiones... no me atrevo á decir nada.

El caso es que tras del amor vino el proyecto antiguo de la madre de Adela á darle nueva excitacion.

Ya se sabe los efectos que suelen producir en tales casos las intrigas urdidas por las mamás de niñas casaderas.

Esta vez la de Adela se portó como maestra consumada, puesto que logró que el calavera Alfredo pensase seriamente en proyectos matrimoniales.

Para no desperdiciar tan bella ocasion, la familia de la novia apresuró los preparativos y lució por fin el dia en que los amantes iban á tomar lo que vulgarmente en Madrid se llama el *dicho.*

Alfredo se levantó á las diez de la mañana, lleno de entusiasmo por su prima y soñando en una vida entera de felicidad.

Vistióse con cierto descuido lleno de coquetería, y despues de almorzar frugalmente, entró en su cuarto á visitar por última vez al espejo: para salir en seguida en busca de su Adela.

CAPUCHA AL CROCHET.

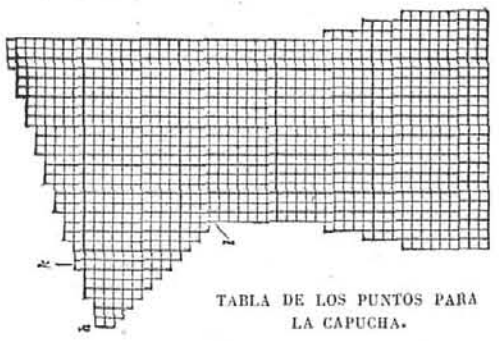
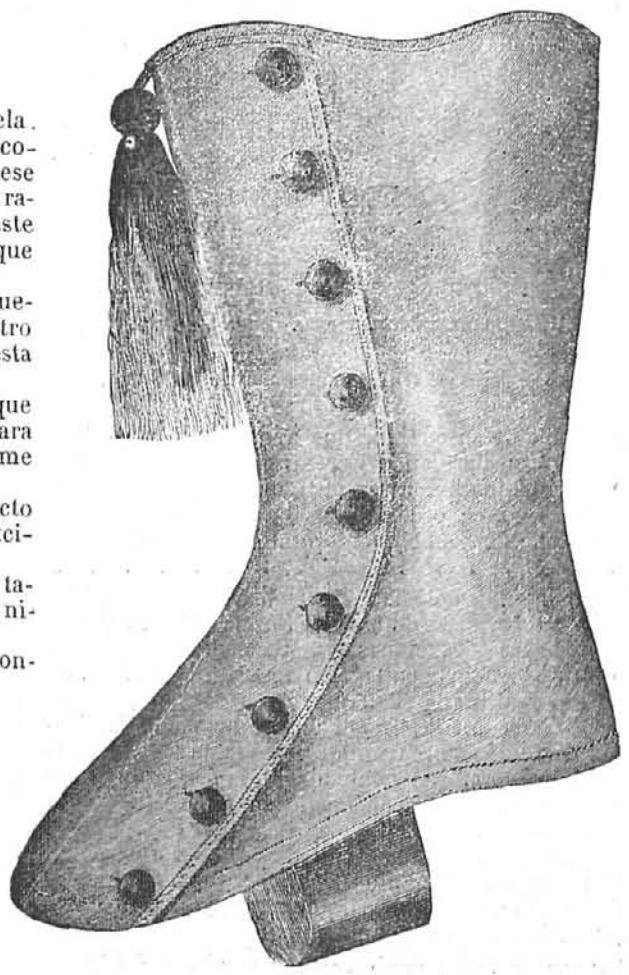


TABLA DE LOS PUNTOS PARA LA CAPUCHA.

Pero cuando abria la puerta para salir un criado le entregó una carta, cuyo sobre era de letra desconocida.

¡Podrán ser una ridiculez los presentimientos; pero lo cierto es que Alfredo sintió un malestar indefinible mientras rompia el lacre de la misteriosa carta.



BOTIN PARA NIÑO DE 3 A 4 AÑOS.

Pero cuando empezó su lectura, cuando llegó á su último párrafo, cuando devoró su terminacion, Alfredo sin poderlo remediar temblaba, y pálido hasta la amarillez, se sintió tan falto de fuerzas que tuvo que sentarse un momento en una silla de la antesala.

La carta era como comprenderán nuestros lectores del padre de Rosa, y decia lo siguiente:

«Ha abusado V. vergonzosamente de la amistad »de un hombre honrado y de la inocencia de una »hija querida. Yo no sé vengarme, pero sí despre»ciar como se merece á quien de tal manera se por»ta. Pobre de talento y de fortuna, he sacrificado »ámbas cosas en beneficio de mis amigos y de mi »patria con lealtad y entusiasmo; pero como nunca »me enseñaron á ser villano, jamás he abrigado ni »por un solo momento el pensamiento de »hacer desgraciada á ninguna familia de »la que haya recibido el mas lijero favor. »Sé que V. se reirá de mi desgracia, bur»lándose de nuestra credulidad; pero quie»ro que sepa al menos que mi querida Ro»sa se halla próxima á morir; que muera »por V. y que su nombre y el mio sean »siempre un perpétuo remordimiento para »quien es causa de este martirio.»

Este lenguage á un mismo tiempo digno, severo y suplicante, hicieron en el corazon de Alfredo, cuyo fondo no estaba del todo pervertido, el efecto que era de esperar.

Una simple amenaza le hubiera hecho reir.

Una peticion de casamiento, hubiera sido objeto de una burla mordaz. Pero aquel golpe no le tenia previsto, y Alfredo que, como sabemos,

CHALECO PARA SEÑORA.

se dejaba llevar por las impresiones del momento, tomó al cabo de dos minutos su partido.

Llamó precipitadamente á su criado de confianza y le dió la órden de encargar en la estacion del ferro-carril del Norte, un tren especial que estuviese dispuesto en el espacio de una hora.

En seguida y bajando los escalones de cuatro en cuatro, mandó á su cochero que le llevase á todo correr á casa de su prima Adela.

Y apenas entrado en su casa, cuando los amigos de la familia reunidos en uno de los salones en derredor de la novia, le esperaban con impaciencia. Alfredo sin saludarles y con las señales del mas vivo dolor, llamó aparte á su prima y la dijo que tenia que hablar un momento con ella reservadamente.

Seguirle Adela confusa y admirada, y hallarse ámbos frente á frente en su tocador fué obra de un instante.

—Prima mia, dijo Alfredo sin titubear, tú sabes perfectamente que la primera noche que te vi en tu casa, vine á ella, obligado por una esquela tuya y que entonces me hallaba completamente enamorado de una hermosa muchacha, que no vivia en Madrid, y cuyos amores me censuraste. Pues bien: hoy un deber sagrado, mas sagrado que el que tengo contraido contigo, me obliga á separarme de tí, á devolverte tu palabra y á volar á los brazos de mi desgraciada Rosa.

(Se continuará.)

© Biblioteca Nacional de España

AMOR A LA PATRIA. (1)

Sentado una noche en la cátedra del Ateneo de Bilbao uno de los jóvenes que por su elevado talento y su noble corazon honran mas al solaz vizcaino, habló por incidencia de uno de los caractéres que mas sobresalen en los hijos de las montañas: el amor á la pátria.—«Parece, decia, que esas cordilleras de montañas que resguardan los valles en que nacimos, reconcentran en un punto todos nuestros afectos para que su conjunto constituya un gran amor, el amor al valle nativo.»

Tenia razon Adolfo de Aguirre, uno de los caractéres mas distintivos de los hijos de las montañas, ya permanezcan en la tierra nativa ó ya vivan lejos de ella, es el patriotismo, es el amor á la tierra en que nacieron.— Los hijos de la tierra llana tampoco lo olvidan cuando se separan de ella porque, para gloria de la humanidad, el amor á la tierra natal es una condicion natural del hombre. ¡Cómo hemos de olvidar, háyamos nacido en las montañas ó en las llanuras, el rinconcito del mundo donde nacimos y dimos los primeros pasos si en él están el recuerdo de nuestro hogar, el recuerdo de nuestros padres, el recuerdo de nuestros hermanos, el recuerdo de nuestros primeros amigos y compañeros, el recuerdo de nuestra edad mas feliz, los recuerdos mas dulces de nuestra vida! Pero el recuerdo que de la tierra nativa conservan fuera de ella los hijos de las llanuras, es un recuerdo tibio que radica en la memoria mas bien que en el corazon, no el recuerdo profundo, entrañable, perpétuo, mezcla de alegria y tristeza, engendrador de dulces lágrimas y dulce melancolía, que tienen los hijos de las montañas cuando viven lejos de ellas.

Los portugueses y los gallegos tienen para expresar este sentimiento en toda su intensidad una voz que no tiene equivalente en la lengua castellana, generalmente tan rica y expresiva. Un escritor portugués encabezaria este capítulo con el dulce titulo de *Saudades* y esta es la voz que debemos envidiar á nuestros vecinos y hermanos de Portugal y Galicia. La palabra *recuerdos* conque en nuestro idioma expresamos algo de lo que expresa el *Saudades* portugués, es muy vaga y por lo mismo que tiene mucha amplitud, tiene poca intensidad.

El pobre jóven gallego abandona sus hermosos valles y montañas para servir en el ejército y una profunda tristeza se apodera de él. Su cuerpo está en un cuartel ó en un campamento y su pensamiento está en los valles nativos. La especie de distraccion que este estado de su alma produce, se atribuye á torpeza y falta de voluntad de aprender, y el desgraciado es objeto de continuos y rigorosos castigos. Su salud vá declinando y al fin se le abren las puertas de un hospital. Los médicos no comprenden el mal que padece y si le comprenden se rien del mal mas santo de la tierra. La ciencia tiene la palabra *nostalgia* para nombrar este mal y en nuestro ejército hay muchos médicos y jefes capaces de sentir la compasion y el amor que merece el soldado que enferma de «deseo de volver á la pátria,» que no otra cosa significa aquella palabra griega; pero como en todas partes, y en todas las profesiones domina a vulgaridad, se ha adoptado un nombre ridículo para designar el mal que padece el pobre soldado gallego.

—¿Qué tiene ese soldado? preguntan á un médico vulgar.

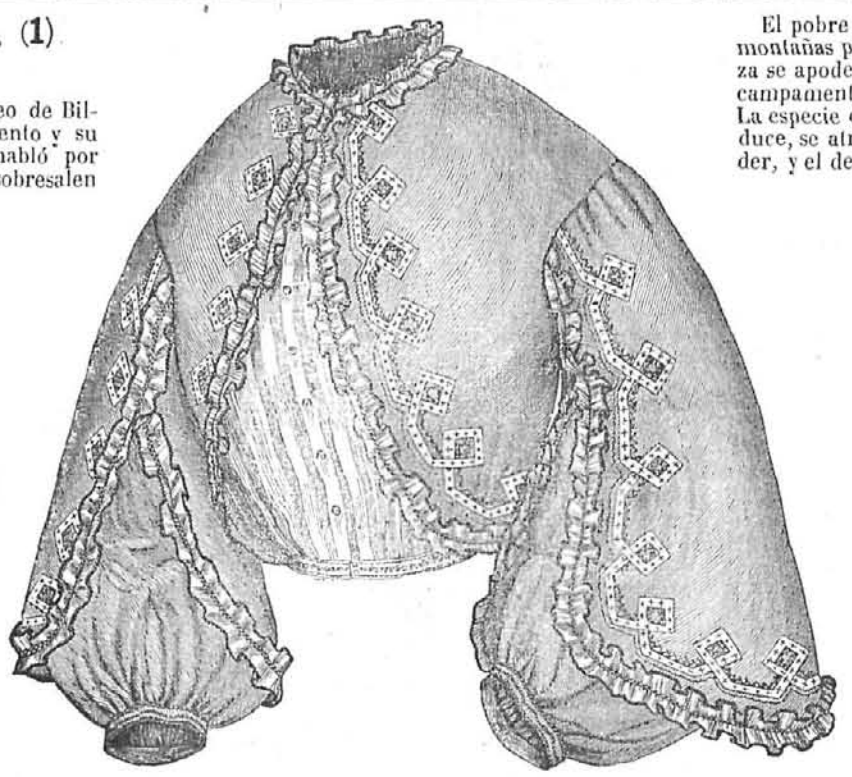
—Qué ha de tener! contesta; lo que todos los gallegos: la morriña.

El pobre enfermo yace postrado y como indiferente á todo en su miserable lecho! á donde ya no se acerca, como en otro sitio y otro tiempo, una madre ó una hermana á reanimarle y consolarle con sus amorosos cuidados.

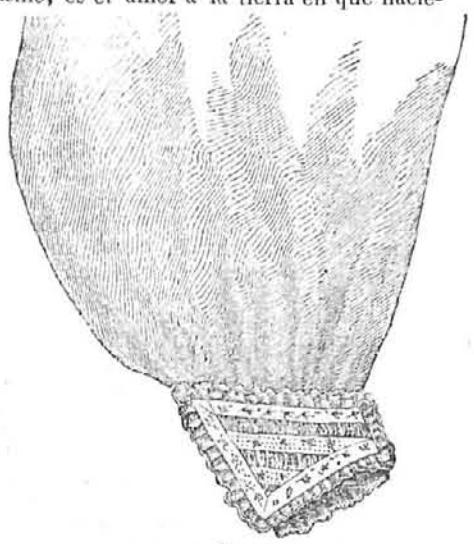
Por casualidad pasa no lejos de allí uno de esos infelices ciegos de su país que ganan el pan tocando la gaita gallega, dulce y quejumbroso instrumento que parece tener el destino providencial de llorar eternamente las desventuras de Galicia y de repente llega al oido del enfermo la música de sus montañas. Entonces sus apagados ojos brillan de alegría, incorpórase en el lecho con inesperado vigor y de sus ojos brotan dos torrentes de lágrimas de alegría.

Lo que ese pobre jóven siente es lo que expresa la palabra luso-galaica *Saudades*.

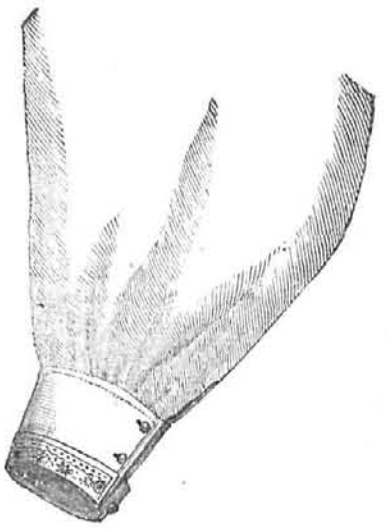
Recorro las orillas del Ibaizábal y para no sentir el calor ó el frio ó las penas del alma, busco pensamientos agradables. Entonces, pienso en ti, inocente hija de mi alma, que estás lejos de mí, y me parece oir tu dulce voz y ver tu amorosa sonrisa y estrechar tus delicadas manecitas y besar tu cabecita rubia, y hablo contigo, y contigo juego y me



CHAQUETA DE MUSELINA.

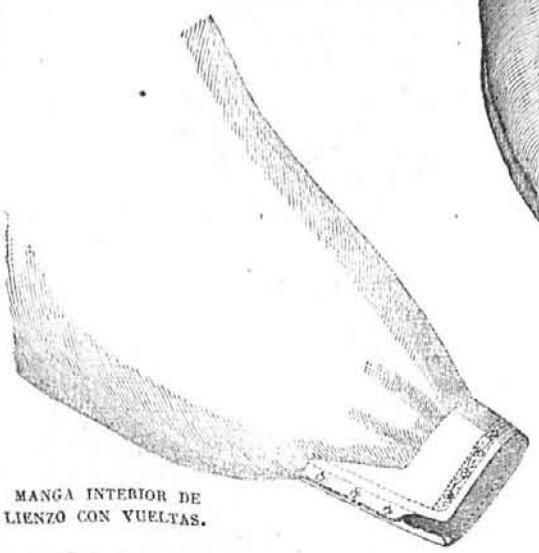


MANGA QUE ACOMPAÑA AL CUELLO RECTO.



MANGA INTERIOR CON MANGUITO DE LIENZO.

CAMISETA-CHALECO DE MUSELINA.



MANGA INTERIOR DE LIENZO CON VUELTAS.

MANGUITO DE TUL.

CAMISOLA DE FRANELA PARA CABALLERO.

(1) Este artículo es un capítulo inédito de una obra que su autor ha escrito con el título de CAPÍTULOS DE UN LIBRO.

© Biblioteca Nacional de España

hago niño como tú para complacerte y complacerme. Pensando, pensando en tí, sigo mi camino olvidado de cuanto me rodea, hasta que tropiezo con un amigo, y volviendo entonces en mí, advierto que tengo los ojos preñados de lágrimas. Pues lo que ha puesto aquellas lágrimas en mis ojos tiene en Portugal y en Galicia el nombre de *Saudades*.

Una muchacha de Olaveaga cose junto á un balcon y está silenciosa y triste. No estaba así mañana hará un año pues la ví en la romería bailar y reir como una loca con un jóven marinero que mañana no ha de acompañarla, pues está por esos mares afuera. Una lágrima cae sobre la costura y yo comprendo al fin qué es lo que siente la pobre muchacha: en Portugal y Galicia llaman á lo que siente *Saudades*.

Hay en Bilbao un inteligente fotógrafo (2) que con frecuencia abandona la villa, y trepando á nuestras pintorescas montañas ó internándose en nuestros fondosos valles, planta la cámara-oscura delante de una humilde casería y torna á la villa trayendo, fielmente reproducidos en el cristal para trasladarlos luego al papel, la casa y los campos que la rodean. Pronto la fidelísima imágen de aquella casa y aquellos campos atraviesa los mares encerrada en una carta y llega á manos de un mancebo, cuya mayor delicia á muchos miles de leguas de la pátria es pensar en aquella casa y aquellos campos, porque nació allí y allí están los recuerdos mas dulces de su vida. Figurémonos lo que pasa en el corazon del mancebo cuando, temblando de emocion abre la carta, fija su vista en la casa donde nació y en los campos donde jugó cuando niño, y reconoce los árboles á donde trepaba, y hasta distingue los *hochos* donde jugaba á las nueces con sus hermanos y las piedras que sus hermanos y él amontonaron á la orilla del arroyuelo que corre por el nocedal abajo, para hacer lo que ellos llamaban molinos; y sobre todo figurémonos su asombro y su dulce y santa emocion cuando vé á sus padres y sus hermanos trabajando en la heredad contigua á la casa, y á la vaca que él vió nacer, paciendo en el campo, y al perro que tantas veces le acarició y le sirvió de cabalgadura, durmiendo bajo el emparrado de la portalada!

Pues el sentimiento que mueve al jóven vascongado á escribir al fotógrafo bilbaino (que en verdad sea dicho, comprendo este sentimiento porque el amor al arte reune el amor á la familia y el hogar) para que le proporcione la dicha de poder ver á todas horas lo que mas recuerda y ama en el mundo, y el sentimiento que hace latir su corazon cuando vé lograda esta incomparable dicha, y el que le mueve á contemplar á todas horas aquella fotografía llegada de la tierra natal, todos esos dulces y nobles sentimientos tienen en Portugal y Galicia el nombre de *Saudades*.

Si hubiese en el centro de España un punto de cita donde se reuniesen en gran número españoles de todas las comarcas, sexos, edades y condiciones, no para permanecer allí solo un dia y hacer la vida del transeunte, en la que desaparece la diversidad de costumbres é inclinaciones, sino para permanecer largo tiempo y hacer la vida normal, entonces ¡qué campo tan vasto tendria el observador para estudiar la diferencia de inclinaciones y costumbres de todos los españoles. Pues este punto de cita existe tal como el observador le pudiera soñar, y es Madrid donde el autor de este libro ha vivido por espacio de veinticinco años.

Madrid es un pueblo alegre, sano, hermoso, lleno de vida material é intelectual, tal que no ha mucho ha escrito un extranjero, despues de visitarle, que Madrid es la capital mas alegre de Europa; pero á pesar de eso, reina allí en todas las estaciones y en todas las familias una enfermedad que tiene el nombre de nostalgia. Me disgustan profundamente en Madrid el rigor de las estaciones y la aridez de los campos dondé apenas se alza un árbol, donde apenas un accidente interrumpe la monotonía del terreno y donde apenas dura dos meses la verdura; pero no es esta la causa de la enfermedad que predomina en aquella capital. Es que allí todos son forasteros, todos hablan de su pueblo, todos hablan de su tierra. En las ciudades es muy comun que hablen mal de ellas los que las habitan, y digo en las ciudades porque en las aldeas es donde se encuentra mas amor á la localidad: pero en ninguna se habla tanto, y en pocas con tanta injusticia, como en Madrid. ¿Porqué? Tambien porque allí todo el mundo es forastero, todo el mundo habla de su tierra. El autor de este libro, á pesar de haberse visto siempre en Madrid aquejado de la nostalgia, de la enfermedad comun allí, no ha incurrido en la injusticia comun: las flores, el sol, el cielo, la virtud, la inocencia, el saber, la amistad, la familia, el patriotismo, el progreso, la libertad, todo lo hermoso le ha parecido allí hermoso y ha merecido su amor y su bendicion aunque aquel pueblo no fuera su pueblo ni aquella tierra su tierra. Gracias á este espíritu de justicia, que es innato en su corazon, ha podido estudiar allí con imparcialidad los sentimientos y las costumbres de todos los habitantes de España, pátria comun de todos los que hemos nacido aquende y allende el Ebro.

Hay á la orilla izquierda del Manzanares una arboleda cuya frondosidad excede á todo encarecimiento y por lo mismo parece tambien allí forastera como lo son los plátanos que la constituyen. Dá nombre al reducido espacio que ocupa una ermita que tiene la advocacion de la Virgen del Puerto y así que la arboleda se cubre de hoja, se celebra allí todos los dias festivos una alegre romería. La dulzaina y la gaita gallega son los instrumentos músicos que allí dominan y á sus campos bailan, cantan, rien, gritan, enloquecen de gozo millares de personas, entre las cuales apenas hay una que no haya nacido en las montañas de Leon, en las de Asturias ó en las de Galicia. El recuerdo de la pátria que descuella sobre todos los recuerdos de montañas, es el que reune allí aquella muchedumbre y el que regocija todos los corazones. Para otros es objeto de burla y risa el círculo inmenso de asturianos de ámbos sexos que asidos de las manos y entonando una melancólica cancion de sus montañas al compás de un pausado y singular movimiento, pasan la tarde dando evidentes muestras de que en aquella diversion encuentran un encanto indefinible; pero yo jamás he podido presenciar sin emocion la *danza prima*, nombre que dan á aquel monotono movimiento, ni oir aquella melancólica tonada. Danza y canto me dicen que el dulce y santo recuerdo de la tierra nativa llena el corazon de aquellos pobres montañeses.

Hace cerca de veinte años resonaron, quizá por primera vez, en las calles de Madrid un tamboril y un silbo tocados con poquísima habilidad. Al oirlos, latió de alegría el corazon de los hijos de nuestras montañas y desde entonces centenares de jóvenes vascongados que ya antes se buscaban y se reunian impulsados por el amor y el recuerdo de la pátria, se reunen donde el tamboril y el silbo resuenan.

Buscad en Madrid el sitio donde se reunen los hijos de la tierra llana y no le encontrareis como yo no le he encontrado. Buscad en América el sitio donde se reunen los hijos de las montañas peninsulares, en cuyo número incluyo á las de Cataluña y Aragon cuyos naturales sueñan, como los del litoral cantábrico, con la tierra nativa, y le encontrareis en todas partes.

Pero ¿cómo se explica este entrañable amor de los montañeses á la tierra nativa? Sí, tenia razon Adolfo de Aguirre al decir que ese círculo de montañas que resguarda los valles donde hemos nacido recojen y concentran en un punto todos nuestros afectos para formar un gran amor, que es el amor á la pátria.

Desde nuestra niñez, desde la edad en que todo se fija en la memoria con tintas indelebles, cuando nos asomamos á la ventana, cuando salimos de la casa paterna, cuando corremos por los campos, en vez de perderse nuestra mirada en un horizonte sin límites, tropieza, por donde quiera que la dirijamos, con unas escarpadas rocas, con una verde colina, con una alta montaña, con una frondosa arboleda, y á fuerza de ver arboleda, montaña, colina y rocas, y de vivir con ellas, nos acostumbramos á verlas y amarlas, y ya no podemos vivir sin amarlas y verlas.

Ser amado cuya memoria vive siempre con nosotros, en quien soñamos dormidos y en quien pensamos despiertos, que para unos tienes el nombre de madre, para otros el de hija, para otros el de amada, para otros el de hermana ¿no es verdad que para nuestra primera entrevista prefieres el misterioso regazo de la montaña á la llanura de horizontes infinitos? Ah! si te dan á escojer el sitio donde haya de realizarse esa dulce y anhelada entrevista no escojerás, no, la llanura donde ningun árbol nos dé sombra, donde el eco de nuestras palabras y nuestros suspiros se pierda en la inmensidad, donde las miradas del que no puede sentir, ni comprender, ni respetar las exposiciones de nuestro amor vengan de todas partes á profanarles; que escojerás el vallecito oculto entre dos verdes montañas, donde á la fresca y misteriosa sombra de los castaños murmure la fuente, canten los pájaros y el eco repita nuestras palabras, y nuestros besos, y nuestros suspiros.

ANTONIO DE TRUEBA.

(2) D. Luciano Carrouché.

CAROLINA LA BELLA.

(Conclusion.)

Vino á verlo dos ocasiones un médico de Bogotá; en ambas lo halló con calentura. Por los estragos que visiblemente iba haciendo aquella enfermedad, inferia yo cuán agudos serian los dolores que el jóven padecia, pues á él no se le escapaba ni un gemido, ni una queja. Era tan bondadoso, tan afable, tenia unos modales tan exquisitos, que las horas que pasaba en su compañía se me hacian momentos. De dia en dia me iba ganando el afecto, y á lo último llegué á quererlo de veras, interesándome vivamente por su suerte. Conversaba con calma y con filosofía, mezclando siempre en todos sus discursos el nombre de Dios y el de la Reina del cielo, mostrando que estaba arrepentido con sinceridad de los deslices de su juventud; como si hubiera recibido uno de aquellos golpes con que la Providencia, por caminos desconocidos, aparta de sus extravíos á los pobres mortales. ¡Qué extravíos serian los suyos! era un jóven muy feliz por su educacion, por sus riquezas y por su cristiano modo de pensar. Yo esperaba confiadamente en su perfecto restablecimiento.

El juéves por la tarde mandó á buscarme. Al punto de verme me dijo que se sentia muy mal; que en la noche anterior habia sufrido un ataque al pecho tan violento, que habia creido no amanecer con vida. Soy cristiano, prosiguió diciéndome con una sonrisa, y quiero lavar con las aguas de la penitencia mis vestidos viejos. Sírvase Vd. llamarme al señor cura: ya me he estado preparando hace algunos dias. Espero tranquilizarme, pues le confieso á Vd. que necesito de tranquilidad. Me decia esto con aquella ingenua sonrisa que dejaba traslucir un alma no pervertida aun, y en la cual los sanos principios religiosos habian echado profundas raices, sin que los viajes con todas sus disipaciones, ni las riquezas con todo su brillo, hubieran podido apagar la luz de la fe, ni agotar el manantial de la esperanza. El señor cura vino por la tarde, el jóven se confesó largamente y yo me quedé á acompañarlo aquella noche y las siguientes.

El viérnes por la mañana volvió el sacerdote y siguió la obra de reconciliacion empezada. Cuando quedamos solos, me dijo el señor Teodomiro: estoy muy contento porque se me ha quitado de encima del corazon un gran peso: ahora, si vivo, la vida me será mas dulce; y si muero, la muerte no será tan amarga: deseo recibir la santa Eucaristía; pero le suplico que se interese á fin de que la administracion sea en privado.

Por la tarde vino el sacerdote con el santo Viático. Antes de que entrara á la pequeña sala, su amigo se habia arrodillado y lloraba con tanta ternura, que nos hacia llorar á Elías y á mí. El sacerdote entró y puso sobre una mesa, que habiamos adornado con flores del campo, una caja de oro en que estaba guardado el Pan de los ángeles. Preguntó al enfermo si queria reconciliarse de alguna cosa: entonces el señor Teodomiro dijo que no. El sol declinaba hácia el Occidente, y la sala parecia iluminada con un resplandor indescriptible. Mi corazon estaba profundamente conmovido al ver derramar tantas lágrimas de verdadero arrepentimiento á un jóven tan interesante que besaba la tierra con humildad, cuando el sacerdote alzaba la hostia consagrada y le repetia: ¡*He aquí el que quita los pecados del mundo*!

Despues de la comunion el señor Teodomiro siguió arrodillado, elevando su corazon al cielo en accion de gracias. Yo salí con el señor cura para acompañarlo algunas cuadras, cuando oimos que Elías nos llamaba, y nos apresuramos á volver: sospechando que le hubiera repetido el accidente.... ¡Ah! ¡señor, el jóven habia muerto!

Extendimos una estera de Chingalé y pusimos encima el cuerpo, vestido como estaba, con una blusa blanca de lino, un pantalon azul y sus botas de charol: le apoyamos la cabeza en unas almohadas; abrimos las ventanas, y el viento sacudia los cabellos encanecidos de un jóven de veinte y seis años, cuya frente doraba con sus rayos el sol que se escondia entre las nubes del Poniente.

El sacerdote rezó en voz baja por largo rato.

Elías y yo llorábamos...

El sábado se hizo el entierro con aquella sencillez filosófica que él apetecia. Ayudé á cargar el féretro, y una turba de mujeres que iba detrás compadecida de la muerte de un jóven tan bien parecido. ¡Su corazon era mas hermoso, y yo solo le conocia! Señalé el lugar de la sepultura con una cruz de madera.

Elías, que sigue para esa, lleva con esta un cronómetro con las iniciales del difunto, diez y ocho onzas de oro que habia en su bolsa, dos caballos y la ropa de don Teodomiro.

Soy de Vd. obsecuente servidor y amigo Q. B. S. M.

***

XIV.

DE CAROLINA A ANITA.

Bogotá 20 de febrero de 1853.

¿En dónde Podré yo derramar una lágrima, sino es en tu seno? Ábreme pues los brazos de la amistad, Anita, déjame llorar, porque hoy es el aniversario de la muerte de Teodomiro.

¡Roberto cayó en el sitio del combate!... Teodomiro espiró poco despues en Guadnas. Ambos murieron por mí... ámbos me amaban; y hoy si derramando toda la sangre que hace palpitar mi corazon, pudiera alzarlos del sepulcro y volverlos á la vida, la derramaria de buena gana; y el uno viviera para las dulzuras de la amistad, y el otro para las delicias del amor. ¡Pero ya es tarde!

¡Ha pasado un año! Año de luto, de tristeza y de remordimientos para el alma! Año en que he derramado mis lágrimas en el silencio, ó he tenido que contenerlas por el bien parecer; año en que las flores que coronaban mi frente han sido arrebatadas por el soplo impetuoso de las pasiones. ¡Deja, déjame llorar, Anita, sobre tu seno!

Los que me conocen dirán que estoy nadando en felicidades porque me ven jóven, robusta, no mal parecida, con alguna educacion; y sabiendo que soy hija de buenos padres, que tienen comodidad, si se fijan en mí, cuando paso por la calle del Prado en mi linda carretela tirada por cuatro hermosos caballos, finjiendo una sonrisa delante de esa juventud que se inclina para saludarme con el sombrero en la mano, habrán dicho ó dirán: ¡*Qué feliz es esta Carolina*! ¿*Qué le falta*?

¿Qué me falta? ¡Ay cielos! ¿Qué me falta?... Me falta la paz del corazon; ¿y de qué sirven sin ella las riquezas, el lujo y los placeres que encuentro al paso? ¿de qué las flores que arrojan á mis piés, y que cojo distraida, si no tienen olor? ¿de qué la música y los bailes, y los convites, y tantas caricias y tantos elogios, cuando el corazon está muerto, y la sonrisa que vaga por mis labios es como la de aquellos infelices que se hielan en la cumbre nevada del Tolima? El corazon vierte sangre de una herida profunda, y me falta lo principal... me falta mi esperanza, pues mis primeros amores se escondieron en un sepulcro.

Me falta lo principal; y sin embargo, la sociedad engañada dice: *Esta Carolina es muy feliz*, y me señala con el dedo. ¡Así son los fallos equivocados de la opinion!

¡Cuántas señoritas bogotanas se hallarán tal vez en circunstancias parecidas! Pero ninguna ciertamente será tan desgraciada como yo... ¡Ninguna!

Y lo que me atormenta y me desgarra el corazon es pensar que sin quererlo fuí yo la causa de tantas desgracias. Sí: ¡yo tuve la culpa!

© Biblioteca Nacional de España

No tengo necesidad de vindicarme en tu presencia, pues supiste desde el principio cuán inocente era mi amor, mi primer amor de diez y ocho años. Amaba á Teodomiro con sinceridad; pero no tuve bastante firmeza de carácter para desengañar desde luego á Roberto; y él apasionado, tomaba por señales de amor las cariñosas manifestaciones del mas sencillo afecto; y se creyó correspondido, porque lo distinguia como á buen amigo, por falta de valor para desengañarlo de sus pretensiones. Y á pesar de toda mi inocencia, mi conducta (equivoca contra mi intencion) confundiéndose con lo que llamaba mi *coqueteria*, fué la que produjo el desacuerdo de dos jóvenes tan interesantes.

Bien sabes, Anita, cuál ha sido mi vida en todo el curso de este año fatal, procurando esconder mi pena porque no se contristaran mis padres, que hasta la fecha ignoran los incidentes de aquel duelo maldito.

Por las noches cuando me encierro á llorar en mi gabinete me parece que veo delante de mi dos jóvenes, que se miran de hito en hito asestándose las pistolas, y como aguardando la hora de disparar.

El viento sacude los hermosos cabellos del uno que está pálido y triste, y revuelve la capa del otro que fija en aquel su mirada amenazadora. Me paso la mano por la frente y vuelvo á otro lado la cabeza para desterrar aquella funesta vision; pero al abrir los ojos veo en otra parte una casita de paja que corona una colina sobre un risueño valle, y al mismo tiempo descubro un jóven melancólico que está mirando el poniente del sol. Me levanto, me paseo; y á poco rato vuelvo á ver aquella misma casa, y en la sala, tendido sobre la tierra un jóven que parece dormido, con los piés juntos y las manos cruzadas sobre el pecho.

¡Anita! ¡Ese jóven tiene las mismas facciones y la misma sonrisa de Teodomiro! ¡Yo me vuelvo loca!

Corro entonces como desesperada á postrarme de rodillas delante de la Virgen de los Dolores: y al fijar mis ojos en aquella celestial figura que muestra el pecho atravesado con una espada, y de cuyos ojos se desprenden lágrimas que no se atreverian á recojer en sus alas los ángeles del cielo, continúo llorando en larga oracion. Entonces se cambia mi dolor en una vaga melancolía, pues la Santísima Vírgen suele mandarme un rayo de consuelo por entre las sombras de tanto infortunio, y elevándose mi alma á regiones desconocidas, veo desde allá, horrorizada, el polvo del mundo todo lleno de sepulcros.

¿Qué se hicieron mis sueños de oro en las orillas del lago de Ginebra? ¿Dónde está aquella felicidad doméstica que me prometia una venturosa union? ¿Dónde aquella barca que se habia de deslizar al soplo de la brisa que enrizara levemente las ondas? ¿Dónde están los jardines en que habia de pasearse pensativo el romántico trovador que cantara mi hermosura? ¿Dónde están aquellos hijos á quienes debia enseñar á pronunciar el nombre de Dios, besando amorosa sus rosadas megillas? ¿Dónde está Teodomiro, dónde? ¿Qué se hizo de mi felicidad? ¿Poqué no estás tú en Bogotá, mi querida Anita? ¡Yo me vuelvo loca!

He abandonado mis estudios, no he vuelto á tocar una tecla del piano, los canarios se murieron hace meses, las tazas de flores se marchitaron, las chanzas de Felipa me fastidian, el paseo me disgusta, las tertulias me enfadan, la lectura me enoja; y si por la fuerza me veo precisada á hacer alguna visita, prefiero salir de saya de raso negro, que imita un poco el traje de luto que conviene á una JÓVEN INDISCRETA, que no tuvo valor para decirle á un enamorado: «Usted es amigo, pero sepa que tengo dada mi palabra y que me casaré muy pronto; no se resienta Vd. por mi franqueza, pues no teniendo mas que un corazon, no puedo tener dos palabras ni dos amores.» ¡Ah! ¡Si hubiera hablado así á su debido tiempo, ¡qué de males se hubieran evitado! Ahora en vez de la negra nube que se rasgó sobre mi cabeza, veria un cielo azul sin mancha, un porvenir hermoso, y no tendria que suspirar por su tranquilidad, tu desgraciada amiga —CAROLINA.

JUAN FRANCISCO ORTIZ.

FIN DE LA NOVELA.

LAS DOS PERLAS.

I.

Las campanas de las iglesias de Madrid echadas todas á vuelo, anunciaban la fiesta de las rogativas: una numerosa concurrencia circulaba con algazara por las calles por donde debian pasar las procesiones matutinas; corria un ambiente suave y embalsamado por un delicioso olor de primavera, y las ligeras nubes que flotaban en el cielo parecian una gasa blanca puesta para amortiguar los ardientes rayos del sol de España.

A aquella hora aun habia poca gente en el Prado. Este paseo tan celebrado por los poetas españoles era en aquella época (á mediados del siglo XVII) un extenso parque, cuyos tortuosos bosquecillos llegaban hasta el palacio del Buen Retiro; el olmo y el plátano daban sombra á sus pendientes cubiertas de céspedes y á sus floridos cuadros parecidos á canastillos de flores, y el viento soplaba siempre fresco y perfumado debajo de aquellas inmensas enramadas, testigos de tantas citas de amor. El paso principal servia de entrada al Buen Retiro, cuyo real sitio con sus construcciones irregulares que dominaban el Prado, y sus altas paredes por encima de las cuales sobresalian las pobladas copas de los castaños que embellecian sus jardines, estaba muy lejos de tener la suntuosa apariencia de un alcázar de los monarcas de ámbos hemisferios.

En esta residencia reinaban todavía la magnificencia de Cárlos V y las austeras costumbres de Felipe II, sus primitivos fundadores. Una triste y fastidiosa etiqueta presidia á la vida de cuantos la habitaban, dictaba todos los actos de su voluntad, señalaba sus ocupaciones, sus placeres, las personas que le rodeaban, sus inclinaciones y hasta sus amigos. Cuando estaban enfermos, la etiqueta nombraba tambien el médico y el confesor que debia asistirles, y despues de haberle acompañado desde el bautismo imponiéndoles su yugo durante toda su vida, disponia sus funerales, y les conducia hasta la sepultura que de antemano les tenia preparada. El rey y la reina de España eran los primeros que vivian sometidos á este despótico poder. La vida de un convento era menos triste y menos monótona que aquella vida llena de resplandor y de engañoso brillo; el tosco saval y la negra toca del carmelita no imponian tantas obligaciones ni tantos deberes minuciosos como aquella *corona cerrada* engastada en diamantes y perlas de las dos Indias.

Algunas mujeres cubiertas con mantos negros y acompañadas de un escudero, y varios caballeros embozados en sus anchas capas, atravesaban lentamente los sitios por donde debia pasar la procesion. Segun la antigua costumbre el obispo de Madrid y el cabildo real de San Isidro iban el dia de las rogativas á bendecir los frutos de la tierra á los jardines del Buen Retiro. Solicitábase con instancia, y difícilmente se conseguia el honor de acompañar al clero con la cabeza descubierta y un cirio en la mano; las puertas de aquel real palacio solo estaban abiertas comunmente para los grandes de España, á quienes llamaban las funciones de sus respectivos empleos.

Apenas dieron las nueve en el gran reló de palacio, cuando asomó la procesion á la entrada del paseo, inmediatamente se abrieron las puertas, la guardia walona tomó las armas, y empezaron á repicar las campanas de la capilla. El catolicismo, que celebra con tanta pompa sus fiestas en España, desplegaba una magnífica sencillez en la de las rogativas: allí no se veian cirios ni palmas llenas de lazos de plata; tampoco habia preciosos altares llevados en hombros de robustos levitas, ni ricos pendones, ni escudos de armas; el incienso y las flores eran las únicas ofrendas. Abrian la marcha los diáconos y sochantres con sus anchas sobrepellices blancas: seguian los canónigos de San Isidro con sus togas de tafetan de color de carmesí y puesto en la cabeza el birrete verde; en seguida iba el obispo de Madrid que llevaba los ornamentos blancos; sobre su alba de encaje llevaba una casulla de raso de Indias; la mitra era de tela de plata, cinco perlas blancas formaban su cruz pectoral, su báculo estaba esmaltado de blanco y de plata; y su anillo pastoral solo estaba adornado de un purísimo diamante montado en oro mate. En pos del prelado marchaban algunos caballeros vestidos de negro con una vela en la mano. La voz de los sochantres y los graves sonidos del bajo resonaban con mas solemnidad en aquellos lugares sombríos; hubiérase dicho que aquella era una de las fiestas que celebraba en los tiempos la primitiva Iglesia cuando estaban todavía en pié los templos de los dioses de la antigüedad.

Habianse reunido algunos curiosos delante del palacio, cuya reja principal acababan de abrir. Al extremo del primer vestíbulo se veia el patio de honor, y un poco mas allá se distinguia otro vestíbulo cuyas puertas daban á los jardines.

Un caballero que se habia adelantado algunos pasos á la procesion, luego que esta hubo entrado en el Prado, fué á colocarse delante de todos los curiosos, cuyas miradas se dirijian á lo interior del Buen Retiro. Era un hombre de unos treinta años, de alta estatura y de noble porte. Su capa, bordada con una trencilla de galon de oro, dejaba entrever un jubon de paño de seda negro, en cuyo lazo izquierdo estaba bordada la cruz roja de Calatrava; y un sombrero de anchas alas adornado con un lazo de esmeraldas que encubria sus facciones severas y regulares. A pesar de que llevaba en el pecho las insignias de una de las cuatro órdenes militares y religiosas del reino de España, la fresca blancura de su tez y su rubia cabellera indicaban á primera vista que aquel caballero no era español, y sí descendiente de alguna de las razas del Norte, cuya sangre jamás se mezcló con la de los árabes.

Levantó al momento la vista hácia las ventanas de palacio: en seguida se adelantó algunos pasos mas, y se colocó á la entrada del vestíbulo, delante de la puerta que guardaban centinelas con relucientes alabardas.

Entre tanto llegó la procesion que pasó lentamente por entre las dos hileras de espectadores que se arrodillaron para recibir la bendicion pastoral del obispo. El caballero se habia arrodillado tambien, pero volvióse á levantar en el momento en que acababan de entrar los que habian obtenido la gracia de acompañar al prelado; una especie de combinacion instintiva le hizo andar adelante, y empezó á caminar sin estar muy seguro de lo que iba á hacer ni de lo que responderia si le detenian en el tránsito; llevando el sombrero bajo atravesó los umbrales con ademan fiero é impasible, y apenas pasó cayeron cruzadas á sus espaldas las dos alabardas de los centinelas; ya habia entrado, pero semejante temeridad podia costarle la vida.

II.

Al cabo de una hora empezaron los tambores á tocar marcha, y cien hombres del regimiento de Chamberga se pusieron sobre las armas: la reina regente María Ana de Austria salia del Buen Retiro para ir á concluir una novena á Nuestra Señora de Atocha. La etiqueta habia señalado el vestido que llevaria la reina, el camino que habia de seguir, las damas que la habian de acompañar, y el número de coches que irian de respeto. Esta soberana, cuyo cetro se extendia á las cuatro partes del mundo, no tenia siquiera la facultad de mandar sentar cerca de sí alguna persona que la hiciese compañía durante el camino.

Luego que la real comitiva hubo desaparecido al fin de la calle de árboles que formaba la entrada del palacio, quedó este al parecer en el mayor silencio. De vez en cuando salia un ligero rumor de la sala de guardias walonas, que era lo único que alteraba el silencio de las vastas habitaciones por donde solo pasaban como sombras algunas damas de servicio. Oiase fuera el canto de las aves bajo aquellas sombrías arboledas del Prado, á cuyo pié parecia venir á apagarse el movimiento y el estrépito de la gran ciudad de Madrid. Todavía era mayor el silencio y soledad que reinaban en los jardines de palacio; sus ricos cuadros de verdura, sus bosquecillos irregulares y sus variadas plantas estaban embalsamados con los suaves perfumes de mayo; bajo las anchas hojas del castaño susurraba una brisa ardiente que sembraba sobre los céspedes los blancos racimos de la acacia.

Mas allá del cuadro principal del jardin y debajo de un emparrado formado de pasionarias y rosas de Gueldres se oian salir algunas voces de mujer; de vez en cuando se oian tambien los vagos lamentos de un niño, y alguna que otra cancion monótona como para adormecerle. Varias damas sentadas en cojines puestos en el suelo se hallaban descansando, resguardadas del calor por aquellas frondosidades sombrías sembradas de tantas flores: todas ellas formaban un círculo en cuyo centro probaba á tenerse de pié un niño de cuatro ó cinco años, y una jóven dama arrodillada cerca de él le sostenia por medio de unos andadores de seda que no soltaba de las manos.

Aquella pobre criatura tenia un aspecto triste y enfermizo; su tez blanca y lívida, y su boca blanca y entreabierta atestiguaban sus continuos padecimientos; su cuerpo enflaquecido parecia hundido en los inmensos pliegues de una mantilla de raso azul, y su frente estaba sepultada en un capillo guarnecido de encajes de Flandes.

Algo apartada de allí y oculta bajo las hojas de una adelfa, se hallaba leyendo una jóven de unos quince ó diez y seis años; su talle endeble era todavía de niña; pero sus facciones y la expresion de su fisonomía anunciaban una de aquellas naturalezas precoces que no conocen adolescencia. Sus cabellos de un color rubio ceniciento, estaban recojidos en un pequeño casquete de terciopelo negro: sobre su saya de tafetan blanco llevaba puesto un faldellin de damasco de color de violeta y de manga corta; por lo demás, no llevaba mas joyas que dos riquísimas perlas que le servian de pendientes. Aquel niño era el rey de España Cárlos II, y la jóven era su hermana, la infanta Doña Margarita de Austria, esposa prometida del emperador Leopoldo.

—Doña Serafina, dijo una de las damas á la niñera que tenia los andadores del rey Cárlos II, doña Serafina, adelantaos algo hácia esta parte, me parece que le incomoda el sol á S. M.

—¡Virgen santa! no hableis tan alto, doña Catalina; mirad que nuestro doctor don Antonio vá á mandarnos volver inmediatamente.

—Ya se guardará él de hacer tal cosa, replicó una de las camaristas de la infanta abriendo un pequeño parasol tan ingeniosamente trabajado, que cuando estaba doblado representaba un ave; el doctor quiere absolutamente que se cumpla lo que manda, y esta mañana ha prescrito á S. M. un paseo de dos horas despues del desayuno.

—Sí, el desayuno que le ha recetado él. ¡Dios nos asista! por poco que dure la enfermedad del rey, el boticario maese Bartolomé Dueñas llegará á ocupar la plaza de maestre-sala de S. M... Despacio, doña Serafina; mirad que S. M. se vá á caer si aflojais tanto los andadores.

La niñera se arrolló al brazo el grueso cordon de seda, y arrodillándose delante del rey niño, que lloraba y alborotaba á mas no poder, empezó á decirle: V. M. no puede andar solo, y el otro dia estuvo para caerse; si ocurriera semejante desgracia, Dios sabe lo que sucederia: además, es menester que V. M. no se canse, pues mañana dá audiencia á los embajadores, y es indispensable que al menos pueda tenerse de pié.

El rey se puso á llorar tan fuerte que cortó la palabra á la niñera; trataron en vano de callarle, acudieron la segunda aya, el ama de cria y todas las damas de servicio, y por último, llegó el médico que nunca se alejaba de allí.

—No es nada, dijo tomando gravemente el pulso al pequeño rey, cuya cara se animó por un momento; pero á poco volvió á ponerse tan pálida y descolorida como antes; no es nada, no; S. M. tiene que dar un paseo de tres cuartos de hora por la calle principal del jardin.

Levantáronse las damas, la segunda aya tomó en brazos al rey, y algunos criados de á pié que se mantenian á cierta distancia, acudieron á trasladar las alfombras y los cojines. La niñera y el ama de cria desdoblaron una especie de dosel debajo del cual empezó á andar el aya acompañada del médico; ámbos podian contener apenas al pobre reyezuelo, que disgustado de aquel paseo lloraba, ponia cada grito en el cielo, y queria absolutamente andar por sí.

Entre tanto, la camarista se habia acercado á la infanta.

—Señora: le dijo, venga V. A. al paseo principal: así lo ha dispuesto, como V. A. sabe, el médico don Antonio. Por

© Biblioteca Nacional de España

cierto que no lo previno en español muy castizo... ¡Maldito catalan!

La princesa sonriéndose le hizo seña con el dedo de que callase y se pusiera junto á ella, ámbas se acurrucaron bajo las espesas ramas de la adelfa, y al traves de las hojas vieron alejarse á todas las damas; por una distraccion inaudita se las habian dejado olvidadas.

Levantóse entonces la princesa, dió lentamente una vuelta por el emparrado apoyada en la camarista, y exclamó:

—No ha quedado nadie... ya estamos solas, y puedo sentarme en este césped sin que nadie me vea... Rita, ¡qué bien se esta aquí!...

Por la primera vez de su vida sus ojos no veian á nadie á una distancia de cincuenta pasos en contorno; aquella soledad desusada causó en ella cierta sensacion de alegria y de temor á la vez; no hacia mas que abrazar á la camarista, que tambien casi estaba temblando diciéndola:—Rita, estamos solas!

(*Se continuará.*)

REVISTA DE CADIZ.

La Semana Santa ha terminado; el repique de gloria, el himno de alegría con que la iglesia celebra el último acto del gran misterio de la redencion, vibra aun en nuestros oidos. Tiempo es, por tanto, de que hagamos una breve reseña de lo que ha sido en Cádiz la Semada Santa de este año.

Pocos dias antes, y como proemio de ella, tuvo lugar la toma de posesion de la silla episcopal, verificada por el Sr. Gobernador de la mitra á nombre del Illmo. Sr. D. Fray Félix Maria de Arriete, obispo de esta diócesis. Dicho prelado hizo en efecto el dia siguiente al de esta ceremonia su entrada en Cádiz, y al inmediato fué recibido en su iglesia con las ceremonias de costumbre.

Pero no ha sido este un mero acto oficial mas ó menos solemne; no se trataba ahora de un prelado que en virtud á un nombramiento superior viene á ejercer un cargo importante. Cádiz entonces le hubiera recibido con el respeto que se debe al pastor para él elegido, y al prestarle sumision y obediencia lo habria hecho de muy buena voluntad; eso era todo lo que pudiera exijirse de un pueblo y de una diócesis. — Para que se le recibiese con todo el amor, con toda la cordialidad, con todo el interés vivísimo con que lo ha hecho ahora, era menester que el que venia á él con el báculo pastoral en la mano, fuera un distinguido compatriota suyo, un sacerdote ejemplar, cuyas virtudes le fuesen largamente conocidas de antemano, un padre, en fin, que viene á rodearse de sus hijos, á estimularlos con su piadoso ejemplo, á guiarlos con su poderosa palabra por el camino del bien.

Esto explica la recepcion hecha por Cádiz á su nuevo obispo.

Y aquí hay que notar una circunstancia, un hecho único acaso, ó cuando menos rarísimo, en la historia del episcopado. Dos hijos de esta capital han ocupado succesivamente la silla de la diócesis á que ella dá nombre.

Esto nos lleva naturalmente á consignar aquí un afectuoso recuerdo á la digna memoria del sabio, del eminente Sr. Arbolí, una de las lumbreras de la iglesia española, cuya vastísima ilustracion y cuya arrebatadora elocuencia le conquistaron un nombre imperecedero para lejítimo orgullo de su pátria, que le cuenta, con razon, en el número de sus mas ilustres hijos.

En la recepcion de nuestro nuevo prelado, el Excmo. Ayuntamiento quiso consignarle toda la satisfaccion de que se hallaba poseido, haciéndolo por medio de una carta, modelo en su género, redactada por el distinguido secretario que acaba de elegir la corporacion municipal. La carta es en efecto digna de la pluma de nuestro amigo el Sr. de Castro, y con decir esto la encomiamos todo lo que ella merece.

A los pocos dias de este acontecimiento principiaron las angustiosas ceremonias de la Semana Santa.

Así como cada pueblo ofrece en sus costumbres una fisonomía distinta, así tambien cada pueblo se diferencia de los otros en mas ó en menos respecto á la manera de celebrar sus fiestas religiosas, y muy especialmente las de la Semana Santa. Sevilla, por ejemplo, se revela ostentosa en las ceremonias todas de su magnífica catedral, y nadie la iguala en el número, órden y concierto de sus procesiones. Su fama tradicional en este punto, lejos de decaer, parece aumentarse mas y mas cada año, y los antiguos y ya organizados elementos con que cuenta le facilitan la perfeccion en este punto, lo cual atrae á su seno en dicha época gran número de forasteros. No sabremos decir, sin embargo, si la parte puramente de espectáculo es ó no para muchos ó para algunos el principal aliciente que allí los lleva; pero sea de ello lo que quiera, el hecho es que aquellas funciones alcanzan una merecida fama en España entera.

No se encuentra Cádiz en ese caso, mas sin embargo, fuerza es que se nos conceda que aquí los cultos religiosos se verifican con esplendidez suma, y que en ellos domina siempre un espíritu de devocion que los hace dignos del alto objeto á que se consagran. Vuélvase, sinó, la vista á esas novenas, á esos tríduos, á esos setenarios que han tenido lugar en Cádiz durante la pasada cuaresma; recuérdese ese gusto, esa profusion con que han estado adornados los templos; tiéndase la vista sobre esa numerosísima concurrencia que los ha llenado; obsérvese el afan, el recogimiento con que una inmensa multitud de fieles ha acudido á oir la palabra divina abundantemente difundida y piadosamente escuchada, y se habrá de convenir en que Cádiz se ha mostrado esta vez, como siempre, sincera y cordialmente religiosa.

Hay aquí además una circunstancia que habla muy alto en favor de nuestra poblacion. Hablamos de la costumbre, á que jamás ha faltado, de no concurrir á los teatros ni á otro espectáculo alguno desde el punto que comienza la cuaresma, sin que para hacerla cejar de su buen propósito baste ninguna clase de aliciente. Quizá por algunos se encuentre esta conducta demasiado rígida, y quizá no falte quien nos tache de llevar hasta el extremo el sentimiento de respeto hácia la cuaresma; pero esos tales debieran reflexionar que una privacion de solo algunas semanas es bien poca cosa si se compara con el año entero, durante el cual pueden entregarse á lícitas diversiones.

Leve es pues el sacrificio, si es que lo hay, y por otra parte, ese unánime sentimiento prueba que el pueblo que lo abriga sabe dar toda su verdadera importancia á esa época de preparacion; en que la Iglesia prescribe á sus hijos mortificaciones y ayunos, en memoria de aquellos altos misterios de la redencion humana que se propone celebrar en los últimos dias de aquel santo tiempo.

Dos procesiones han salido este año: la de la madrugada del Viernes Santo, que es la conocida por la de Nuestro Padre Jesus Nazareno, y otra que tuvo lugar la tarde del expresado dia, en la que la cofradía del Descendimiento sacó procesionalmente sus devotas imágenes, acompañadas de las del Señor de la Columna, el Ecce Homo, el de la Sentencia y el Jesus Nazareno que se venera en la iglesia parroquial de San Antonio. Ambas procesiones, segun noticias, nada han dejado que desear.

Nuestra opinion respecto á este punto es ya conocida; pero respetando otras que tenemos por mucho mas autorizadas quizá, nos guardaremos muy bien de tratar de imponer la nuestra á nadie, y ni aun siquiera de pretender poner en tela de juicio semejante asunto. Diremos, sin embargo, que nos parecen tan bien las santas imágenes en sus templos, en sus altares, que no las vemos nunca con igual gusto en las calles, donde están mas expuestas que allí á irreverencias; porque por mas que desearíamos lo contrario, nos es imposible suponer que todos, sin excepcion, los que acuden á ver las procesiones, van animados de ese espíritu de piedad que es harto mas fácil suponer en los que van de propósito á los templos.

Pero aun admitidas las procesiones, nosotros desearíamos que no hiciesen tan largas sus carreras como hoy acontece, ó por lo menos que se abreviase el tiempo que emplean en correrlas. No es posible que una procesion conserve su lucimiento, su espíritu de devocion, su carácter de penitencia durante ocho largas horas.

Reflexiónese acerca de esta observacion nuestra.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

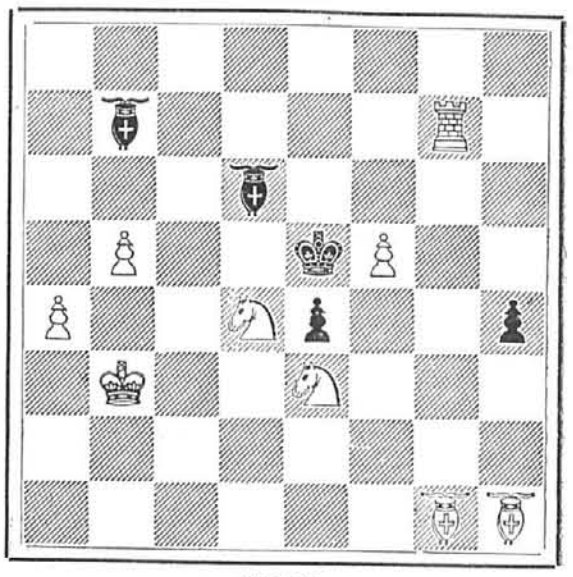
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 14.

	BLANCAS.	NEGRAS.
1.ª	T 4.ª R.ª, jaque.	R. quita Torre.
2.ª	R.ª 6.ª Alfil R.ª	R. 6.ª R.ª, ó (A)
3.ª	R.ª 5.ª R.ª jaque mate.	
(A)	. . . . .	Torre quita Alfil, ó cualquiera otra jugada.
3.ª	R.ª 4.ª Alfil R.ª, Jaque mate.	

PROBLEMA N.º 15, POR M. DE ZAMORA (DE ALMERIA).

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 4 jugadas.

ADVERTENCIA.

A los Sres. suscritores que no reciben las entregas del CORSARIO NEGRO, les remitimos hoy dos tomos de la coleccion de novelas que está publicando en Madrid la Sra. D.ª María del Pilar Sinués de Márcos, y los cuales corresponden al importe que aquellos representan.

El Administrador:

Los señores suscritores que empiezan su abono en el presente mes, pueden recibir si gustan las entregas publicadas de la novela **El Corsario negro**, remitiendo á nuestro Administrador el importe de ellas, el cual es un real de vellon por cada una.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

GEROGLIFICO.

© Biblioteca Nacional de España